

## POESÍA IV

*Alma, buscarte has en Mí,  
Y á Mí buscarme has en tí.*

De tal suerte pudo amor  
Alma en mí te retratar,  
Que ningun sabio pintor  
Supiera con tal primor  
Tal imágen estampar.

Fuiste por amor criada  
Hermosa bella, y así  
En mis entrañas pintada,  
Si te perdieres, mi amada  
*Alma, buscarte has en Mí.*

Que yo sé que te hallarás  
En mi pecho retratada,  
Y tan al vivo sacada,  
Que si te ves te holgarás  
Viéndote tan bien pintada.

Y si acaso no supieres  
Donde me hallarás á Mí,  
No andes de aquí para allí,  
Sino, si hallarme quisieres  
*A Mí, buscarte has en tí.*

Porque tú eres mi aposento,  
Eres mi casa y morada,  
Y así llamo en cualquier tiempo,  
Si hallo en tu pensamiento,  
Estar la puerta cerrada.

Fuera de tí no hay buscarme,  
Porque para hallarme á Mí,  
Bastará solo llamarme,  
Que á tí iré sin tardarme,  
*Y á Mí buscarme has en tí.*

---

## POESÍA XVIII

¡Ah, pastores que veláis,  
por guardar vuestro rebaño,  
mirad que os nace un Cordero,  
Hijo de Dios Soberano!

Viene pobre y despreciado,  
comenzadle ya a guardar,  
que el lobo os le ha de llevar,  
sin que le hayamos gozado.

Gil, dame acá aquel cayado  
que no me saldrá de mano,  
no nos lleven al Cordero:  
¿no ves que es Dios Soberano?

¡Sonzas!, que estoy aturdido  
de gozo y de penas junto.

¿Si es Dios el que hoy ha nacido,  
cómo puede ser difunto?

¡Oh, que es hombre también junto!  
La vida estará en su mano;

mirad, que es este el Cordero,  
Hijo de Dios Soberano.  
No sé para qué le piden,  
pues le dan después tal guerra.

Mía fe, Gil, mejor será  
que se nos torne a su tierra.

Si el pecado nos destierra,  
y está el bien todo en su mano,  
ya que ha venido, padezca  
este Dios tan Soberano.

Poco te duele su pena;  
¡oh, cómo es cierto del hombre,  
cuando nos viene provecho,  
el mal ajeno se esconde!

¿No ves que gana renombre  
de pastor de gran rebaño?

Con todo, es cosa muy fuerte  
que muera Dios Soberano.

---

## POESÍA VI. DE LA SANTA MADRE TERESA DE JESUS SOBRE ESTAS PALABRAS: «DILECTUS MEUS MIHI»

*Ya toda me entregué y dí,  
Y de tal suerte he trocado,  
Que mi Amado es para mí  
Y yo soy para mi Amado.*

Cuando el dulce Cazador  
Me tiró y dejó rendida,  
En los brazos del amor  
Mi alma quedó caída,

Y cobrando nueva vida  
De tal manera he trocado,  
*Que mi Amado es para mí  
Y yo soy para mi Amado.*

Tiróme con una flecha  
Enarbolada de amor,  
Y mi alma quedó hecha  
Una con su Criador;  
Ya yo no quiero otro amor,  
Pues á mi Dios me he entregado,  
*Y mi Amado es para mí  
Y yo soy para mi Amado.*

# La vida de la Santa Madre Teresa de Jesús, y algunas de las mercedes que Dios le hizo, escritas por ella misma

## CAPÍTULO 1

*En que se trata cómo comenzó el Señor a despertar esta alma en su niñez a cosas virtuosas, y la ayuda que es para esto serlo los padres.*

El tener padres virtuosos y temerosos de Dios me bastara, si yo no fuera tan ruin, con lo que el Señor me favorecía, para ser buena. Era mi padre aficionado a leer buenos libros y así los tenía de romance para que leyesen sus hijos. Esto, con el cuidado que mi madre tenía de hacernos rezar y ponernos en ser devotos de nuestra Señora y de algunos santos, comenzó a despertarme de edad, a mi parecer, de seis o siete años. Ayudábame no ver en mis padres favor sino para la virtud. <...>

Eramos tres hermanas y nueve hermanos. Todos parecieron a sus padres, por la bondad de Dios, en ser virtuosos, si no fui yo, aunque era la más querida de mi padre. <...> yo he lástima cuando me acuerdo las buenas inclinaciones que el Señor me había dado y cuán mal me supe aprovechar de ellas. Pues mis hermanos ninguna cosa me desayudaban a servir a Dios.

Tenía uno casi de mi edad, juntábamonos entrambos a leer vidas de Santos, que era el que yo más quería, aunque a todos tenía gran amor y ellos a mí. Como veía los martirios que por Dios las Santas pasaban, parecíame compraban muy barato el ir a gozar de Dios y deseaba yo mucho morir así, no por amor que yo entendiese tenerle, sino por gozar tan en breve de los grandes bienes que leía haber en el cielo, y juntábame con este mi hermano a tratar qué medio habría para esto. Concertábamos irnos a tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para que allá nos descabezasen. Y paréceme que nos daba el Señor ánimo en tan tierna edad, si viéramos algún medio, sino que el tener padres nos parecía el mayor embarazo. Espantábanos mucho el decir que pena y gloria era para siempre, en lo que leíamos. Acaecíanos estar muchos ratos tratando de esto y gustábamos de decir muchas veces: ¡para siempre, siempre, siempre! <...>

De que vi que era imposible ir a donde me matasen por Dios, ordenábamos ser ermitaños; y en una huerta que había en casa procurábamos, como podíamos, hacer ermitas, poniendo unas pedrecillas que luego se nos caían, y así no hallábamos remedio en nada para nuestro deseo; que ahora me pone devoción ver cómo me daba Dios tan presto lo que yo perdí por mi culpa.

Hacía limosna como podía, y podía poco. Procuraba soledad para rezar mis devociones, que eran hartas, en especial el rosario, de que mi madre era muy devota, y así nos hacía serlo. Gustaba mucho, cuando jugaba con otras niñas, hacer monasterios, como que éramos monjas, y yo me parece deseaba serlo, aunque no tanto como las cosas que he dicho.

Acuérdome que cuando murió mi madre quedé yo de edad de doce años, poco menos. Como yo comencé a entender lo que había perdido, afligida fuime a una imagen de nuestra Señora y supliquéla fuese mi madre, con muchas lágrimas. Paréceme que, aunque se hizo con simpleza, que me ha valido; porque conocidamente he hallado a esta Virgen soberana en cuanto me he encomendado a ella y, en fin, me ha tornado a sí. Fatígame ahora ver y pensar en qué estuvo el no haber yo estado entera en los buenos deseos que comencé.

¡Oh Señor mío!, pues parece tenéis determinado que me salve, plega a Vuestra Majestad sea así; y de hacerme tantas mercedes como me habéis hecho, ¿no tuvierais por bien -no por mi ganancia, sino por vuestro acatamiento- que no se ensuciara tanto posada adonde tan continuo habíais de morar? Fatígame, Señor, aun decir esto, porque sé que fue mía toda la culpa; porque no me parece os quedó a Vos nada por hacer para que desde esta edad no fuera toda vuestra. <...> Pues pasando de esta edad, que comencé a entender las gracias de naturaleza que el Señor me había dado, que según decían eran muchas, cuando por ellas le había de dar gracias, de todas me comencé a ayudar para ofenderle, como ahora diré.